

Como un dulce muy amargo

Intriga en un acto

Antonio Ruiz Negre

PERSONAJES

(Por orden de intervención.)

JAIME, *40 años*

OYE, *50 años*

ANA, *40 años*

Nota al Director:

Las acotaciones referidas al personaje "OYE" no se centran en el texto ni se muestran en negrita, debido a las especiales condiciones de su papel, que transforman el contenido en interpretación total.

Descripción de escena

Cuarto de estar en una casa de nivel medio bajo, con salidas a izquierda y foro, que comunican con interior y exterior respectivamente.

El conjunto del mobiliario se verá muy usado, aunque limpio y no exento de algún toque agradable. Un sillón de orejas sobre el foro con un minicentrito ante él. En el lateral izquierda hay un televisor colocado sobre un mueble apropiado que puede contener además unos libros y algún objeto decorativo. Frente al televisor, junto al lateral derecha, una silla de ruedas permanentemente ocupada. Unas sillas sobre el foro completan lo considerado imprescindible. Podrá utilizarse algún mueble más, caso de que el espacio lo requiera, aunque no es necesario para el desarrollo de la acción.

Los términos derecha e izquierda vistos desde el público.

Escena I

OYE y JAIME, después ANA.

Al levantarse el telón, OYE, arrodillado sobre un cojín situado junto al centrito, de espaldas al lateral izquierda, maneja con atención un mazo de naipes con los que hace un solitario.

De edad algo superior a los cincuenta, viste modestamente y se comporta en líneas generales, salvo acotación expresa como ausente de cuanto le rodea. En su relación con los demás será taciturno, temeroso y servicial; más o menos como lo haría un perro habituado a recibir sólo puntapiés.

JAIME, sentado en la silla de ruedas mira pensativo a OYE. Cercano a los cuarenta viste de estar por casa. Sus piernas inmóviles no le permiten caminar y ahora tiene la mano derecha recién vendada, por lo que tampoco puede impulsar la silla.

JAIME.- (Tras unos segundos de silencio.) ¡Oye!...

OYE- (Sin emitir sonido alguno, mira a Jaime.)

JAIME- Enciende el televisor.

OYE- (Niega con la cabeza, dirige los ojos hacia el lateral derecha, y vuelve a negar mirando a Jaime.)

JAIME- Ella no te ve ahora...

OYE- (Vuelve a negar.)

JAIME- ¡Qué médica eres!... Está bien. Venga, llévame hasta el televisor y yo lo encenderé.

OYE- (Asiente, y poniéndose en pie va hasta Jaime sin prisa, coge la silla por el respaldo y le traslada hasta el televisor, dejándole ante él y volviendo a su cojín.)

JAIME- (Sin esperar respuesta.) ¡Joder, vaya prisa que tienes por seguir con tu mierda de solitario!

(Instintivamente utiliza la mano vendada para manipular los mandos del televisor y la retira con un gesto de dolor.)

(Al momento, cambiando de mano, lo enciende trabajosamente con la izquierda y una vez aparecen las imágenes en pantalla mira acusadoramente a OYE.)

¡Anda, tío rápido, devuélveme a mi sitio!

OYE- (Asiente levantándose, y vuelve a conducir la silla hasta dejarla donde estaba. De regreso a su cojín, algún plano del televisor llama su atención y se sitúa frente a él mirándolo.)

(El aparato emite imágenes de cualquier programa sin sonido alguno.)

JAIME- (Al momento.) ¡Eso!, ponte ahí para que yo no pueda verlo... ¡Quítate de en medio, leches!

OYE- (Mira inexpresivo a Jaime y vuelve a su cojín, siguiendo con los naipes.)

JAIME- (Al momento.) ¡Anda que los programadas que nos largan son cualquier cosa!... Todo concursos, películas «rollo» americanas y anuncios. Y no veas, que en los anuncios sólo hay propaganda de bancos, colonias y compresas. ¡Vaya a una mierda de tele! (Pausa breve.) A ti te es igual lo que pongan ¿no?...

OYE- (Muestra un leve encogimiento de hombros.)

(Tras unos segundos de silencio total, desde el interior llegará la voz de ANA, que canta sin mucho acierto, una estrofa corta de alguna letrilla de moda.)

(JAIME y OYE miran hacia la salida izquierda y luego entre sí.)

JAIME- (Al hacerse de nuevo el silencio.) ¡Es una hija de perra!

OYE- (Niega con la cabeza asustado.)

JAIME- ¡Ya lo creo que sí! (Con rencor.) ¡Y un día la mataré!

OYE- (Como queriendo no haberle oído vuelve directamente al solitario.)

(Dos segundos después se repite la cancioncilla.)

(Seguidamente entra por la izquierda ANA, interrumpiendo su canto al observar que el televisor está funcionando.)

(ANA, de aspecto agradable, parece próxima a los cuarenta años. Se muestra desenvuelta, activa y eficiente. Viste una bata de estar por casa y trae en la mano un «spray» limpiador y una bayeta.)

(Deteniéndose a un paso de la entrada empleará un tono condescendiente.)

ANA.- ¡Vaya!, otra vez a vueltas con el televisor mudo...
¿Pero qué provecho sacas a estar viendo un programa sin enterarte de lo que hablan?... **(Sonriente.)** ¿Tú también eres de los que dicen que una imagen vale más que mil palabras? **(Pausa breve.)** ¿Qué pasa, sigues estando enfadado conmigo?... ¡Hay que ver cómo eres, Jaime!...

(Con naturalidad apagará el televisor.)

Bueno y qué. ¿No vas a hablarme hoy tampoco?

(Llegando hasta JAIME, que no habrá hecho sino mirarla con atención desde que entró en escena, le acaricia la cabeza como se le hace a un niño.)

Rencoroso, que eres un rencoroso...

JAIME.- **(Con manifiesto odio.)** ¡Bruja!... ¡Maldita seas!

ANA.- **(Indulgente.)** Jaime, cariño. ¡Cómo eres! ¿No te da pena decirme esas cosas tan desagradables?... Venga, ¿firmamos la paz? Hoy es un día muy especial...

JAIME.- ¡Muérete!

ANA.- **(Mueve la cabeza con gesto de paciencia.)** ¡Qué se le va a hacer! Puede que hoy no sea mi día...

(Mientras interpreta se dirige al foro derecha y limpiará esmeradamente una silla haciendo uso del «spray» y la bayeta.)

(Tras una pausa breve.) El caso es que esta mañana bien temprano me dije: ¿Cómo se portará hoy mi Jaime?... Y pensé que por ser la fecha que es, todo iba a salir a pedir de boca y lo íbamos a pasar maravillosamente bien. ¡Y mira tú con lo qué me encuentro!...

JAIME.- Un día te mataré.

ANA.- **(Con cierta tristeza.)** ¿Por qué dices eso? ¿No ves

que me entristece? Mira que decirme esas cosas con lo que yo te quiero... ¡Con todo lo que he hecho por ti!

JAIME- ¿Y quién te ha pedido que hicieras algo?

ANA- No era necesario que me lo pidieras porque el afecto no se pide; se acepta cuando alguien nos lo ofrece... y ya está.

JAIME- ¿Y qué quieres, que te de las gracias por «todo lo que me has hecho»?

ANA- Pues mira... Bien sabes que no me gusta echar nada en cara;

(Llega hasta el centrillo, y pasando la bayeta sobre él tirará todas las cartas al suelo. A continuación usa el «spray» y limpia bien el tablero. Todo ello sin dejar de interpretar.)

pero a la vista de tu comportamiento no creo fuera de lugar que te recuerde algunas cosas.

OYE- (Sin levantarse ni mirar a Ana, recogerá del suelo las cartas, que unirá al mazo manteniéndolo entre las manos.)

ANA- (Tras una pausa breve, a JAIME.) Tu sabes que yo no tenía ninguna obligación de traerte aquí a vivir conmigo...

JAIME- (Interrumpiendo.) ¡No sigas! Si me trajiste fue a la fuerza y engañándome como a un chino.

ANA- ¡Hala! Cualquiera que te oiga pensará que te traje secuestrado.

JAIME- ¿Y no es verdad?...

ANA- (Riéndose.) ¡Qué imaginación!... Menos mal que los dos sabemos cómo vivías antes de venir aquí. Bueno, he dicho «vivías» por decir algo, porque la clase de vida que llevabas...

JAIME- (Protestando.) Mi vida era mía y podía hacer con ella lo que quisiera. ¿Yo hacía daño a alguien? ¿A quién perjudicaba?

ANA- Te hacías daño a ti mismo.

(Dirigiéndose a otra silla del foro izquierda y sin interrumpir su frase, con indiferencia premeditada larga una patada a OYE utilizando la cara externa del pie, y apartándole de su camino.)

Un daño que de no haber sido por mí te hubiera resultado fatal.

OYE- (Al recibir la patada se levanta rápido recogiendo su cojín, y con él bajo el brazo se colocará junto al sillón, de cara al público.)

ANA- Te estabas matando, Jaime, y tú lo sabes.

JAIME- Lo único que sé, es que eres la tía más mala con quien podía haber tropezado en toda mi vida.

ANA- **(Riéndose.)** Eso. Sólo me faltan dos cuernecitos y un rabo para parecerme al demonio, ¿a que sí?

JAIME- **(Con verdadero rencor.)** ¡Qué zorra eres!

ANA- **(Adoptando un tono serio.)** Bueno, tampoco voy a consentir que te pases ¿eh?...Una cosa es que me muestre condescendiente contigo, y otra que me deba tragar todas las barbaridades que se te ocurra decirme.

JAIME- **(Desafiante.)** ¿Y qué vas a hacer, tomar represalias?, ¿es que vas a volver a torturarme?

ANA- **(Con gesto de paciencia.)** ¿Torturarte dices?...

(Interrumpiendo la limpieza dejará los útiles sobre una silla, y tomando otra la coloca frente a JAIME, sentándose desenfadadamente.)

Mira; lo que he hecho esta mañana ha sido impedir que te pudiera pasar algo malo.

OYE- (Una vez sentada Ana, vuelve a su lugar junto al centrado y reinicia de rodillas su solitario.)

ANA- Hoy hace seis meses que te traje aquí a vivir conmigo. Seis meses en los que no he hecho otra cosa que desvivirme porque tengas cuanto necesitas, seis meses en los que no he dejado de cuidarte. Y a ti no se te ha ocurrido otra

cosa que intentar marcharte a espaldas mías, aprovechando mi pequeño retraso en volver de la compra... ¿A dónde querías ir?... ¿Dónde crees que habrías podido llegar con esa silla de ruedas?...

JAIME- Oye me habría ayudado.

ANA- ¿Quién, Oye?...

(Se vuelve mirando a OYE muy seria.)

OYE- (Agita negativamente la cabeza.)

ANA- (A JAIME.) ¿Y cómo te las habrías arreglado para poder subsistir por ti mismo?...

JAIME- Como me las arreglaba antes. He vivido muchos años en la calle y no me he muerto. Pues lo mismo podría seguir viviendo a partir de ahora.

ANA- Eso; durmiendo en la estación del metro en invierno y en un banco del parque en verano.

JAIME- Sí. ¿Y qué?

ANA- Y arrastrando tu mochila de suciedad y desperdicios.

JAIME- No necesito nada más.

ANA- Y buscando en los cubos de basura, como un perro, algún mendrugo para no morirte de hambre.

JAIME- ¿Y a ti qué te importa? Mi vida es mía y nadie tiene derecho a decirme cómo debo vivir, ni a imponerme ningún tipo de conducta. ¿Crees que me gusta estar aquí?

ANA- La calle es dura, Jaime, y las malas compañías aún son peores. No puedes comparar esta vida con lo que allí te aguarda...

JAIME- ¡Pero allí viviré libre! Sin nadie que me martirice... ¡Sin tener que soportar a una loca!

ANA- (Se levanta como impulsada por un resorte.)

¿Loca? ¿Yo loca?...

(Le larga un bofetón que JAIME llegará a detener escudándose con un brazo.)

JAIME- (Asustado.) No, no he dicho eso...

OYE-(Al ver la acción se acurruca mirándolos horrorizado.)

ANA- ¿Te das cuenta de cómo te las arreglas para sacarme de mis casillas? **(Rectificando rápida y como arrepintiéndose.)** ¿Tú ves como no puedo ser buena contigo?... ¡Fíjate lo que has conseguido! ¡Disgustarme! Yo que me las prometía tan felices en un día como hoy. **(Casi llorando.)** ¿Por qué te portas así conmigo? ¿Por qué disfrutas haciéndome sufrir?... ¿Es que no puedes quererme aunque sea un poquito?... **(Pausa breve.) (Con rencor.)** Al menos podrías fingirlo.

JAIME- Yo sólo quiero marcharme.

ANA- **(Volviéndose a OYE.)** ¿Qué te parece, Oye?... Este desagradecido sólo quiere marcharse; abandonarnos dejándonos solos...

OYE- (La mira expectante sin atreverse a hacer el menor movimiento.)

ANA- Si no fuera por que yo miro por vosotros... **(Dándose una palmadita en el muslo.)** ¡Ven! Ven aquí, Oye...

OYE- (Sumiso y con visible temor, se traslada hasta los pies de Ana donde quedará arrodillado sobre el cojín que ha llevado bajo el brazo.)

ANA- **(Acariciando su cabeza.)** Menos mal que tú sí me comprendes...

(Saca del bolsillo de la bata una galleta que irá dando a OYE en pequeños trozos, mientras sigue su monólogo.)

Me comprendes y me quieres...

OYE- (Recibirá cada trozo en la boca, e irá consumiéndolos muy atento a lo que diga y haga Ana.)

ANA- Y es natural porque tú sí llevas mucho tiempo

conmigo y sabes lo buena que soy. Y que te cuido y te doy todo lo que necesitas... ¡Ay si tú pudieras hablar!... Si tú hablaras como las personas, le podrías contar a este desgraciado de Jaime cuánto he hecho por ti, y cómo estabas cuando te recogí de aquel sucio rincón...

(Retirando rápida los dedos.)

¡Eh!, que casi me has mordido.

OYE- (Se encoge.)

ANA.- (Riéndose.) No temas, que no te voy a hacer nada, miedoso, que eres un miedosillo...

(Dándole el último trozo de galleta.)

¡Hala, ya está! Se acabó la galletita de mi Oye. **(Advirtiéndole con el índice extendido.)** Ahora recogerás bien todas las miguitas que se te han caído, para que tu amita Ana no tenga que limpiar otra vez el suelo, ¿de acuerdo?

OYE- (Se afanará buscando imaginarias miguitas en su entorno, que simulará encontrar, y que irá poniéndose en la boca en el regreso a su lugar junto al centríto.)

ANA.- (A JAIME.) ¿Ves? ¿Sería tan difícil para ti portarte como lo hace Oye? ¿Te parece bien que a una persona inteligente como tú, le tenga que dar lecciones de comportamiento un perro?

JAIME- Es inhumano lo que haces con él.

ANA.- ¿Inhumano?... No te pases, Jaime. Oye recibe el mejor trato que se le puede dar. No le falta de nada y vive en esta casa mejor de lo que haya podido vivir nunca. Y lo mejor de todo; aquí está a salvo de atropellos y accidentes. **(A OYE.)** ¿Te acuerdas lo mal que lo pasaste cuando te atropelló aquel autobús?

OYE- (La mira inexpresivo.)

ANA.- (A JAIME.) Ahora van a cumplirse tres años. Lo llevaron al Centro hecho un guiñapo y lo curé. No resultó fácil con tres costillas aplastadas y un pie hecho polvo, pero con la ayuda de otras compañeras lo conseguí... Tardó

bastante en reponerse y como me preocupaba mucho pensar que aquello le pudiera volver a ocurrir, decidí traérmelo para que viviera aquí conmigo.

JAIME- (Con sorna.) ¡Menudo favor le hiciste!

ANA- Pues claro que sí. Yo nunca había tenido perro y me hacía mucha ilusión tener uno... Mi padre que era una persona muy seria no permitía que en casa hubiera animales. Decía que los animales no deben convivir con las personas porque transmiten muchas enfermedades y causan muchas molestias. Recuerdo que mi hermana; ¿te he contado que tenía una hermana?

JAIME- Sí. Dos veces por lo menos.

ANA- (Sin escucharle.) Mi hermana que era muy atrevida, arriesgándose a contradecir a papá llevó un día a casa un pajarito. Era un jilguero, uno de esos pajaritos tan simpáticos que también llaman colorines porque tienen en su cuerpo casi todos los colores: blanco, negro, marrón, amarillo y rojo, y que además trinan muy bien cuando cantan... Bueno, pues cuando papá oyó cantar al pájaro descubrió la jaula, y sin decir nada, abrió su puerta junto a la ventana y lo soltó.

JAIME- Hizo muy bien. Los pájaros han nacido para ser libres.

ANA- (Sin escucharle.) Yo, además de hartarme de llorar por haberme quedado sin él, no pude dormir aquella noche pensando en todo lo malo que le podía suceder al pobre jilguero. Le imaginaba huyendo de los gatos que pretendían darle caza para comérselo. Después lo veía todo mojadito bajo la lluvia medio muerto de frío... Y mientras, mi padre, acodado en la ventana tras los cristales, miraba con satisfacción cómo al pobre pájaro le ocurrían todas las desgracias del mundo.

JAIME- ¡Vaya imaginación la tuya!

ANA- (Sin escucharle.) Después de aquello ya no nos atrevíamos a pedir un animalito ni tan siquiera a pensar en tenerlo algún día, porque estaba claro que papá no iba a permitirnoslo... Mi padre era un hombre malo... Y no sólo odiaba a los animales, también me odiaba a mí...

JAIME- (Sardónico, medio para sí.) ¡Menuda individuo debías ser tú de pequeña!

ANA- (Con tono hiriente.) Cuidado, Jaime. Estoy oyéndote aunque no te escuche, y no me gusta lo que dices.

JAIME- ¿Y si no quieres oírme por qué me cuentas todo eso? ¿Crees que a mí me gusta escucharte? ¿Qué me importa a mí si te dejaban o no tener animales?

ANA- Sí que te importa, simple. Todo lo que ocurre o hay a podido ocurrir a los habitantes de esta casa nos importa a los tres. ¿Cómo si no podríamos formar un grupo bien unido? ¿Una verdadera familia? (**Dirigiéndose a OYE.**) Estoy segura de que Oye, en este aspecto me entiende mejor que tú. ¿Verdad, Oye?

OYE- (Aparta la mirada que mantenía sobre Ana y sigue extendiendo sus cartas sobre el centrito.)

ANA- (**Tras una breve pausa sigue con su relato.**) En otra ocasión, bastante tiempo después del episodio del jilguero, una vecina que tenía una perra, consiguió que ésta le diera una camada de seis perritos. Eran una preciosidad, todos con sus hociquitos negros y sus rabitos minúsculos moviéndose como si fueran lagartijas. Yo me enamoré enseguida de uno que tenía cara de mal genio y que no dejaba alimentarse a los demás.

JAIME- ¡Cómo no! Tus gustos tenían que salirse de no normal.

ANA- Era una preciosidad de perrito, y mi hermana y yo pensamos que si era la vecina quien nos ofrecía el cachorrillo, seguramente cuando lo viera mi padre no se podría resistir y aceptaría que nos lo quedásemos.

JAIME- ¡Y el viejo dijo que «naranjas de la china»!

ANA- (**Mirándole directamente tras una pausa.**) No dijo nada. Se limitó a coger el cestito con el perro y lo sacó a la calle dejándolo junto al cubo de la basura. Cinco minutos después el perro había cambiado de dueño.

JAIME- Buen pájaro debió ser tu padre...

ANA- Así que me he pasado la vida sin poder tutelar a un animal. Primero porque de niña no me dejaron. Más tarde cuando estudiaba en el internado, las normas no lo permitían... Luego cuando hube de trabajar me faltaba tiempo para hacerlo... Por eso, cuando tuve ocasión de traer a Oye no lo pensé dos veces. Trayéndole conmigo cumplía un deseo de toda la vida, además de que aquí Oye es feliz a salvo de autobuses y de cualquier otro peligro.

JAIME- ¡Ya! ¿Y a mí por qué me trajiste? ¿Para tener otro perro?

ANA- No seas estúpido, Jaime. Tú eres una persona. **(Pausa breve.)** Y cuando te ingresaron medio muerto por el coma etílico, pensé que si te salvabas, podrías venir también para compartir nuestra casa y hacernos compañía. Y así, además de jugar con Oye, también tendría con quien hablar y cambiar impresiones...

JAIME- Sí. **(Señalando su silla.)** ¡Y mira dónde me tienes!

ANA- Por tu mala cabeza, Jaime... Pero eso no deberías reprochármelo a mí...

JAIME- ¡Ah! ¿no?

ANA- No te has portado bien. Eres muy díscolo. Y tú sabes que en toda casa deben haber reglas. Si se cumplen todo funciona perfectamente, pero si alguien se empeña en incumplirlas no hay más remedio que corregirle.

JAIME- **(Dolido.)** Martirizándole...

ANA- **(Puntualizando.)** «Una corrección debe ser proporcional a la falta cometida». Además, no seas quejica, porque cualquiera que pudiera oírte no sé lo que iba a pensar...

(Como decidida a marcharse.)

¡Y ya vale! A ver si os portáis bien sin armar mucho ruido, mientras yo termino de arreglar las cosas por ahí dentro antes de marcharme a la clínica a cumplir con mi trabajo.

(Llegando junto a JAIME, con tono agradable.)

Y no olvides que te guardo una sorpresa.

(Le da dos golpecitos en la mano vendada, inicia el mutis y sale por la izquierda.)

Escena II

JAIME y OYE, después ANA.

El dolor de los golpes corta la respiración a JAIME, a quien sólo un visible esfuerzo le impide lanzar un grito. Con la mano izquierda se sujeta la otra por la muñeca mientras va reponiéndose.

Cuando puede hablar, haciéndolo casi para sí.

JAIME- ¡La mataré; la mataré!... ¡Tengo que matarla!...

OYE- (Mirando a Jaime preocupado, se levanta y va hasta la silla que Ana dejó frente a él.) (Acodándose en ella, presta atención al interior.) (Al momento señalando la mano de Jaime y en tono de voz contenido.) ¿Cómo te lo ha hecho?...

JAIME- (**Rencoroso.**) Me ha quemado los dedos con la plancha.

OYE- (Mueve la cabeza con gesto conmisericordioso.)

JAIME- Tenemos que marcharnos, Oye.

OYE- (Niega con la cabeza.)

JAIME- Tenemos que irnos bien lejos.

OYE- (Señalando la silla de ruedas.) No puedes.

JAIME- Pero tú sí puedes ayudarme.

OYE- (Mira al interior con temor.) ¡Qué quieres! ¿Qué me inutilice las piernas como a ti?

JAIME- (**Pausa breve.**) Tenemos que hacer algo, Oye, tenemos que hacer algo antes de que acabe con nosotros.

OYE- No es posible escapar a su control. Ella lo tiene todo perfectamente organizado.

JAIME- ¡Hay que intentarlo!

OYE- Tú ya sabes lo crueles que pueden ser sus represalias...

JAIME- No me resigno a quedarme aquí inactivo esperando cualquier nueva ocurrencia que pueda tener.

OYE- No tenemos elección...

JAIME- (**Triste.**) Eres un cobarde.

OYE- Eres injusto, Jaime. (Volviendo a su mutismo coge la silla y la coloca en su sitio, sin prisa, yendo a continuación al sillón donde se sentará mirando hacia la salida izquierda.)

JAIME- ¡No me hables de justicia, Oye! La justicia no existe para los desgraciados como nosotros.

OYE- ¿Cómo no va a existir la justicia?

JAIME- Sí. Existe la justicia con mayúscula, la que sirve para condenar, para imponer penas que sólo cumplen después los que no tienen medios; porque los que pueden contratar buenos abogados o sobornar a políticos de alto nivel, esos no han de pasar por la cárcel.

OYE- (Como hablando consigo mismo.) Eso siempre ha sido así..

JAIME- (**Sin oírle.**) De esa clase de justicia estamos viendo todos los días ejemplos; pero de la otra, de la que premia al que hace algo bien, de la que protege a las víctimas; de esa no hay.

OYE- Pero esa justicia de que hablas no es la que hacen los hombres...

JAIME- A mí me es igual de dónde pueda venir. Pero lo cierto es que no existe, Oye. No existe (**Tras unos segundos de silencio reflexivo.**) Ponme la tele, anda.

OYE- (Mira a Jaime inexpresivo, y levantándose va hasta la silla de ruedas que trasladará frente al televisor.)

JAIME- (**Al tiempo que es trasladado hasta el aparato y lo enciende trabajosamente con la mano izquierda.**)

¡Pero hombre!, ¿tanto trabajo te cuesta encenderla a ti? Si ahora Ana no nos ve ni nos oye... ¿Qué temes?

OYE- (Taxativo.) A mí ya me quemó la mano una vez.

(**El televisor vuelve a emitir imágenes en silencio, que JAIME mirará ensimismado.**)

OYE- (Conduce la silla hasta su lugar, y vuelve a arrodillarse en el cojín retomando el solitario.)

JAIME- (Al momento.) Ya ves. Se hace la sorprendida porque miro sólo la tele, y es ella la que ha estropeado el mando del volumen para que no salga la voz, y así poder oírnos si hablamos. ¿Has conocido alguna persona con la mente más retorcida?

OYE- (Puntualizando.) Para oír si hablo yo...

JAIME- Claro, como tú te has plegado siempre a todo lo que a ella se le ha ocurrido.

OYE- ¿Y qué iba a hacer?

JAIME- Rebelarte alguna vez ¿no?

OYE- (Compone un gesto amargo y mueve la cabeza como desentendiéndose.)

JAIME- ¡Menuda ayuda tengo contigo!... (**Acusador.**) Si tú no fueras un gallina de mierda hace tiempo o que podríamos haber salido de aquí.

OYE- (Responde desde su lugar, mirando a la izquierda con prevención.) Sabes que no es verdad.

JAIME- ¡Ah! ¿no?

OYE- Yo te ayudo en todo lo que puedo.

JAIME- ¡Anda ya! Te acojonas en cuanto la ves... ¿Por qué le tienes tanto miedo?

OYE- ¿Y tú?...

JAIME- ¿Yo?... Sólo desde que estoy en esta silla sin poder valerme... Antes no le temía y sabes que siempre le he plantado cara; pero ahora ella es la fuerte y yo estoy en desventaja. ¡Por eso precisamente necesito tu ayuda!

OYE- No podemos salir. Las llaves siempre las tiene encima, y una vez que se las deja y lo intentas te ha cogido... Si lo repitiéramos y saliera mal, su venganza podía ser terrible. (Mira a la puerta con miedo.)

JAIME- ¿Qué más nos podría hacer?, ¿matarnos?...

OYE- (Baja los ojos y queda inexpresivo.)

JAIME- Tenemos que trazar un plan.

OYE- (Evasivo.) No, yo no...

JAIME- Luego cuando se vaya, te explicaré lo que he pensado y que puede salirnos bien.

OYE- (Niega con la cabeza.)

JAIME- Será muy fácil para ti. Lo único que tendrás que hacer es seguir exactamente mis instrucciones, y cuando ella vuelva y a no nos encontrará.

OYE- (Vuelve a negar.)

JAIME- (**Convincente.**) Venga hombre, ¿no tienes bastante con tres años viviendo como un perro? ¿Es que te vas a resignar a seguir así toda tu vida?... Y aunque saliera mal la huida, ¿crees que podría darte un trato más denigrante todavía?

OYE- (Levantándose llega frente a JAIME.) Sí. Ya ha insinuado dos veces, que los perros deben estar castrados para ser más dóciles... Y la creo capaz de hacerlo.

JAIME- (**Impresionado.**) ¡Calla hombre! ¿Cómo iba ella a poder hacer semejante cosa?...

OYE- (Señalando las piernas de JAIME.) A ti una noche te drogó, y cuando despertaste estabas inútil. Te había operado cortándote los tendones.

JAIME- (**Con rencor.**) ¡Esa hija de puta!...

OYE- (Determinante.) ¡Y yo no quiero que me castren! (Vuelve al cojín y sigue con su solitario.)

JAIME- Pues algo tendremos que hacer porque así no podemos seguir. Tenemos que decidirnos. (**Tras una pausa.**) Si nos escapamos se habrán terminado todos los peligros porque ya no podrá hacernos nada.

OYE- No. Yo no voy a intentarlo.

(ANA aparece en la entrada deteniéndose a un paso de la misma, y desde allí, sonriendo mirará alternativamente a OYE, a JAIME y al televisor.)

ANA- (A JAIME.) ¿Qué han estado poniendo en la tele?, ¿un programa de dibujos animados?...

(Se dirige a la silla donde se dejó los artículos de limpieza mientras interpreta.)

Me pareció oír esa serie donde salían unos perritos que hablaban.

OYE- (Se encoge asustado.)

ANA.- (Cogiendo el «spray» y la bayeta.)

¿Tú sabes, Jaime, a qué dibujos me refiero?...

JAIME- (Indeciso.) No sé...

ANA.- (Riéndose.) Es curioso... La otra noche soñé con un cuento de perritos... (Mirando a ambos alternativamente y como si contara un cuento a un niño.) Había uno muy travieso que se fue a dormir, y cuando despertó no era perrito ni perrita. ¡Un mago lo había convertido en un animalito dulce, obediente y simpático... y nunca jamás volvió a ser un perrito malo!

OYE- (Permanece totalmente quieto sin mirarla.)

ANA.- Últimamente no sé qué me pasa que sueño mucho. (A JAIME.) ¿Tú también sueñas?...

JAIME- Sí. Sueño que te mueres.

ANA.- ¡Mira qué bien, hombre! No pierdes ocasión para colocar algún despropósito en cualquier conversación que mantengamos.

JAIME- Pues cuando te canses de oírme ya sabes lo que tienes que hacer. Me abres la puerta y se acabaron para siempre todas mis impertinencias.

ANA.- Desde luego no eres demasiado original. Parece que tu tema siempre sea el mismo, ¿es que no conoces otro?

JAIME- Sí... Pero no te voy a decir cuál es.

ANA.- (Riéndose.) ¡Lo que yo digo! Estás imposible... De poco tiempo a esta parte te has convertido en un verdadero cascarrabias. (Mirándole unos segundos en silencio.) Y ¿qué?... ¿No sientes curiosidad por saber qué sorpresa te he preparado?... Hoy te voy a hacer un regalo...

JAIME- (Taciturno.) Yo no quiero regalos ni sorpresas.

ANA.- No tienes remedio...

(Yendo a apagar la tele habla a JAIME de frente.)

No seas desagradecido. Los regalos nunca se deben rechazar, es algo que está feo. Y como hoy hace seis meses que viniste a casa a vivir con nosotros, ¿qué mejor que hacerte un regalo para celebrarlo? Además, ¡estoy segura de que te gustará!... Y a Oye también le va a gustar. **(Pausa breve.)** ¿De verdad no sientes curiosidad?

JAIME- No.

ANA- **(Con tono de mimo.)** Ni una poquita sólo...

JAIME- ¡Joder, qué pesada eres!

ANA- Bueno, como quieras...

(Pasará la bayeta sobre el televisor como haciendo tiempo para que JAIME se lo pida.)

Estoy segura de que antes que me marche a trabajar me pedirás que te lo cuente... **(Pausa breve.)** ¿No?... Bueno. **(Marcando el mutis a la izquierda le señala con el dedo como reconviéndole.) (Determinante.)** Pero a lo mejor entonces, «yo», no quiero.

(Hace mutis.)

Escena III

JAIME y OYE, después ANA

OYE- (Tras unos segundos de silencio y sin perder de vista la salida de la izquierda, va junto a Jaime, quedándose a su lado.) ¿Has oído lo del cuento del mago y los perros?

JAIME- **(Preocupado.)** Sí, lo he oído.

OYE- Es la tercera vez que me amenaza con lo mismo.

JAIME- Me parece que eso es más que una amenaza.

OYE- ¿Qué quieres decir?

JAIME- No sé... Es como si ya lo tuviera decidido.

OYE- (Se pasea nervioso y unos segundos después vuelve ante Jaime.) ¿Cuál es el plan del que me hablaste?

JAIME- (**Con gesto de satisfacción.**) ¡Bien! Celebro que te decidas... Estoy acabando de plantearme los detalles finales y sé que es posible llevarlo a cabo.

OYE- ¿No será demasiado peligroso?

JAIME- No si lo realizamos bien.

OYE- ¿Y cuándo crees que podríamos hacerlo?

JAIME- No sé... Mañana; o tal vez hoy. Depende de algunos aspectos.

OYE- ¿Cómo cuales?

JAIME- ¡Hombre!, no me atosigues ahora, y esperemos a que ella se marche a trabajar... Después cuando estemos solos intentaremos perfeccionar mi plan.

OYE- (Pensativo vuelve despacio a su cojín y se arrodilla.) Me temo que no saldrá bien...

JAIME- ¡Joder, tío! ¡Anda que para dar moral eres la leche!...

OYE- (Recoge ensimismado todos los naipes y tras barajar comienza un nuevo solitario.)

JAIME- (**Mirando a OYE pensativamente.**) No te preocupes más, hombre. Ya verás como sí resultará y se nos solucionan los problemas para siempre.

(Al momento entra ANA canturreando en voz baja y llega directa hasta el sillón, donde dejará un brazado de prendas que trae consigo, y que se irá poniendo mientras interpreta.)

(Ha cambiado la bata que llevaba por una falda tableada gris semilarga, y una blusa blanca de cuello camisero. Calza zapatos negros sin tacón y medias tupidas color carne.)

(Coincidiendo con su llegada al sillón, OYE recoge los naipes y se traslada hasta la silla sobre la que seguirá con su solitario.)

ANA.- (Con tono agradable.) Bueno, mis queridos «amiguitos». Ha llegado la hora de irse a trabajar.

JAIME.- (Medio para sí.) ¡A buena cosa llamas tú trabajar!...

ANA.- ¿No te parece un buen trabajo el mío?... Hoy voy a hacer un trabajo muy especial.

(Coge del sillón un tocado gris con diadema blanca que se coloca en la cabeza.)

¿Os conté que ya está casi repuesto el chico aquel que ingresó con pulmonía el mes pasado? Pues nadie habría imaginado que se salvaría, pero con un cuidado esmerado por mi parte lo ha conseguido... **(Pausa breve.)** Hace tres días el médico le dio el alta, y no se ha podido marchar el pobre porque no tiene a donde ir... Y ¿a que no sabéis lo que he pensado?... **(Mira a ambos sonriente.)**

OYE.- (Desde su sitio la mira inquieto.)

JAIME.- No irás a traerlo aquí...

ANA.- (Palmoteando.) ¡Sí! ¡Lo has adivinado! Luego va a venir conmigo para conoceros.

(JAIME y OYE se miran preocupados.)

Bueno él casi os conoce por tanto como le he hablado de vosotros y está muy ilusionado con ser vuestro amigo.

(Coge un cordón negro del que pende un crucifijo y se lo cuelga al cuello.)

Es un chico maravilloso ¿sabéis?... Y muy servicial. Cuando lo llevaron al Centro de Acogida se dieron cuenta que debía ingresar de inmediato, y el médico al examinarlo dio pocas

esperanzas de que se salvara. «Pero en esa casa se hacen milagros».

JAIME- ¿Milagros? Esa casa es un infierno.

ANA- Venga Jaime, no digas eso. Si no fuera por nosotras ¿qué ocurriría con todos los pobrecitos indigentes que viven en la calle? Allí les cuidamos con los mejores medios de que disponemos, y después cuando ya están restablecidos, les buscamos alojamientos particulares para que puedan integrarse en familias normales.

JAIME- Normales como ésta ¿no?

ANA- ¿Y qué de extraordinario tiene una familia como la nuestra? ¿Que es tal vez muy reducida?... Pues bien, cuando Alejandro se instale aquí seremos cuatro y todos podremos vivir más a gusto.

(Coge un suéter gris abierto y se lo pone.)

Para él ya he preparado un montón de actividades, porque es un chico muy bien dispuesto y estoy segura de que le va a encantar vivir aquí.

JAIME- ¿Y en esas actividades, también has pensado que intervengamos nosotros dos?

ANA- Naturalmente, hombre. Si de lo que se trata es precisamente de que tú no estés solo aquí todo el día, sin nadie con quien charlar cuando me voy, ni nadie que pueda cuidarte.

JAIME- Pero ya está Oye...

ANA- ¿Oye? Bueno, sí... Algo de compañía sí te da, pero tú lo que necesitas es una persona para poder hablar, y cambiar impresiones... Y además, cuando seamos cuatro, podremos pasar veladas agradables jugando a cosas que ahora entre tres no resultan.

JAIME- **(Tras una breve pausa.)** ¿Cómo es él?

ANA- Más o menos de tu edad, aunque parece mayor por lo deteriorada que tiene la salud, pero en cuanto esté aquí unos meses y se acabe de reponer mejorará muchísimo de aspecto. Lo mismo que te ocurrió a ti; «que también tenías una pinta»...

JAIIME- (Para sí.) Pero podía moverme...

ANA- ¡Ah!, ¿te he dicho que se llama Alejandro? Fíjate, tiene nombre de zar ruso. «Alejandro»... ¿Qué bien suena, eh?... La verdad es que el nombre no va mucho con su aspecto. (**Riéndose.**) Un chico con nombre de zar y pinta de «mujik».

(**Cogiendo un bolso del sillón lo abre, busca en su interior y parece como si recordara.**)

(A OYE.) ¡Eh, Oye!...

OYE- (La mira atentamente.)

ANA- Me he dejado el monedero en mi habitación. No sé si estará sobre la mesilla de noche o encima de la peinadora. Anda. Búscalo y tráelo. (**Achuchándole con el gesto.**) ¡Venga, venga!...

OYE- (Dejando los naipes se levanta diligentemente y hará mutis por la izquierda.)

ANA- (A JAIIME al quedar solos.) ¿Qué te apuestas a que no lo encuentra? Este Oye se está haciendo viejo a la carrera. Pero ahora con Alejandro la cosa cambiará, porque es un chico que entiende muchísimo de perros ¿sabes? Me contó que había instruido a un perro, para que sirviera de lazarillo a un primo suyo que era ciego. ¡Con lo difícil que debe ser conseguir eso! (**Pausa breve.**) ¿Tú qué hacías antes de convertirte en un borracho indecente?...

JAIIME- (Con mal humor.) ¡Nada! Yo no sé hacer nada.

ANA- ¡Bah!, no seas modesto. Aunque nunca has querido hablarme de ello, yo sé que en algún momento de tu vida, has tenido que ser una persona útil... ¡Y hasta guapo! (**Se ríe.**) ¡Anda dímelo!...

JAIIME- (Con pesadumbre.) Yo sólo he sido una estera donde todos han dado palos... El gilipollas que en cualquier redada coge la policía para justificar su trabajo... El sospechoso de todos los hurtos en los mercados. ¡El que se lo carga todo!

ANA- ¿Cuántas veces pasaste por la cárcel?

JAIME- Por la cárcel, tres. Una como penado y dos de preventivo.

ANA- No son muchas.

JAIME- ¿Eso te parece?...

ANA- Para que te hayan cargado tantas cosas como dices...

JAIME- En la cárcel tres. Pero si sumo las noches pasadas en las comisarías... Suman más que una condena.

ANA- ¡Y aún te quejas de la vida que llevas aquí!

JAIME- (**Rebelándose.**) ¡Claro, porque esto es peor que una cárcel! ¡Esto es un infierno!

ANA- No estás bien de la cabeza...

JAIME- ¡Ya lo creo que sí! Porque de la cárcel siempre sabes que vas a salir, pero ¿y de aquí?... ¿Cuándo voy a salir?... ¿Cómo voy a salir?

ANA- ¡Como si te hiciera falta irte!

JAIME- (**Dramáticamente.**) ¡Eres infame!

ANA- Ya sé a qué te dedicabas cuando eras normal. ¡Eras actor!

JAIME- (**Sorprendido.**) ¡Qué dices?...

ANA- Sí, porque hay que ver lo bien que finges estar enfadado. Pero yo que te conozco, sé que todo lo haces para no demostrar lo a gusto que te encuentras en casa. Para que te mime siempre un poquito más, ¿no?...

JAIME- (**Para sí.**) ¡Joder!, ¡las cosas que tiene que oírse uno!

(Por la izquierda entra OYE con un monedero en la mano y llegando hasta ANA se lo tiende.)

(ANA mira en silencio a OYE sin hacer intención de cogerlo.)

OYE- (La mira confundido como esperando.)

ANA.- (Tras dos segundos estática, con tono duro.) ¿Es así como se dan las cosas?

OYE- (Como cayendo en la cuenta, poco a poco se va agachando hasta quedar a cuatro patas, y le tiende de nuevo el monedero.)

ANA.- (Sigue mirándole fría, sin aceptarlo.) ¿Aún no has aprendido?

OYE- (Lentamente lleva el monedero hasta la boca, y mordiéndolo se lo ofrecerá.)

ANA.- ¡Ahora sí!

(Cogiendo el monedero cambia súbitamente su gesto amenazante por otro risueño, al tiempo que le palmea la cabeza.)

¡Bien por mi perrito!... Bueno... Pues voy a tener que marcharme porque sino llegaré tarde para cuidar a mis enfermitos.

(Guarda el monedero en el bolso que se colgará al brazo.)

(A JAIME.) ¿Qué tal estoy?, ¿tengo buen aspecto?...

JAIME- **(Con raro humor.)** Como las mismísimas brujas.

OYE- (Mira temeroso a Ana y se retira junto a la silla donde permanecerá sobre el cojín, como intentando pasar inadvertido.)

ANA.- ¡Qué humor tienes, Jaime!

JAIME- Aunque te disfraces de monja siempre serás una jodida bruja.

ANA.- (Tras mirarlo fija dos segundos.) Hoy no vas a conseguir enfadarme por muchas cosas que me digas. ¿Cómo crees que podría desempeñar mi trabajo si no me vistiera así? Allí en el Centro de Acogida todas vestimos igual. Antes sí había monjas de verdad, y como nos dimos cuenta de que su uniforme inspiraba mucha confianza a los

enfermos, decidimos utilizarlos nosotras cuando ellas se marcharon, y ahora todo funciona a la perfección.

JAIME- Haciendo caer en la trampa a la gente.

ANA- No olvides que el fin justifica los medios. Nuestra misión es consolar y cuidar, proporcionar alegría a los desvalidos, poner dulzura en sus pobres vidas.

JAIME- Sí... Un dulce muy amargo...

ANA- ¡Ay, cómo estás hoy, hijo! Una desviviéndose continuamente por vosotros planificándoos el futuro, y tú venga a insistir en tus quejas. Eres un desconsiderado... **(Tras una pausa breve le mira sonriente.)** Pero todo va a cambiar. Con la llegada de Alejandro vamos a formar una nueva familia mucho más feliz. Lo he programado muy bien ¿sabes? En menos de un mes formareis los tres un grupo perfecto... Y saldréis todos los días a la calle a pasear. ¿No te gusta la idea?...

JAIME- **(Extrañado.)** ¿A pasear a la calle?

ANA- Sí. ¿No te estoy diciendo que te preparaba una sorpresa?

JAIME- ¿Oye y yo?...

ANA- Y Alejandro. Los tres.

OYE- **(Mira a Ana con mucha atención.)**

JAIME- ¿Y si nos escapamos?...

ANA- **(Convencida.)** No hay peligro. Aunque antes tendré que arreglar algunos detalles...

JAIME- **(Con prevención.)** Como cuáles.

ANA- Ya te he dicho que Alejandro sabe amaestrar perros lazarillos, y así, él instruirá convenientemente a Oye para que sepa guiarte en todos tus paseos.

JAIME- Yo no necesito que me guíe nadie.

ANA- **(Intrigante.)** Después, sí...

JAIME- ¿Qué quieres decir?

ANA- Los seres que inspiran más cariño son siempre los más desgraciados. Yo ahora os quiero mucho, pero deseo quereros mucho más. Yo sé que aún puedo sentir mucho más

afecto por vosotros y cuando eso ocurra, podremos vivir todos muy felices.

JAIME- No te entiendo...

ANA.- Será todo muy fácil. Formareis un grupo maravillosamente tierno. Un pobre cieguito inválido conducido por su perro lazarillo, y con Alejandro guardándoos para que no os suceda nada malo...

(JAIME y OYE comienzan a sentirse horrorizados.)

Claro que, antes, os practicaré unas pequeñas intervenciones... A Oye en el sexo... y a ti en los ojos. **(Saca un llavero del bolsillo que hará sonar en la mano mientras marca el mutis hacia el foro.)** Y entonces, todos, seremos «mucho más felices».

(Hace mutis.)

(JAIME y OYE se miran en el paroxismo del horror.)

JAIME- ¡¡¡No!!!...

OYE- (Desde su posición de rodillas, eleva la cara a lo alto emitiendo su protesta, que se traducirá en un prolongado y lúgubre aullido.)

(Telón muy rápido.)

FIN DE LA OBRA